
Pero solo se trata de *el inicio del inicio* (p. 42). De nada sirven los textos si no pasan a ser vida del pueblo de Dios y de sus pastores. Toda la sección 2ª del texto es una llamada a la puesta en práctica del Concilio.

Estamos ante un texto muy inspirado y de gran actualidad, a pesar del tiempo transcurrido. En palabras del propio Rahner, el Vaticano II fue un concilio celebrado "en libertad y caridad" lo que no impidió "llegar a una aserción común y a una decisión común". Y, añade, "no puede decirse que esto ocurra con frecuencia en estos días".

Me gustaría invitar a los críticos escépticos del concilio, dentro y fuera de la Iglesia, a que se preguntaran, antes de permitirse cualquier crítica, en qué otro lugar es posible todavía hoy tal unidad en medio de la libertad en el ejercicio del pensar y de la convicción, incluso en la dimensión de las Iglesias y de sus teologías (p. 32).

Y, refiriéndose a la necesaria *concentración a lo esencial* (en expresión feliz de los autores del epílogo, p. 83):

Si en los próximos decenios se viera la Iglesia mejor regida, si se celebrara la liturgia en forma más bella, si surgiera una teología más sagaz y penetrante, si se creara un derecho más claro, si se lograra mayor influjo social, pero no hubiera más fe, más esperanza y más caridad, todo ello sería en vano (p. 60-61).

Porque

todavía pasará mucho tiempo hasta que la Iglesia, que ha sido agraciada por Dios con un Concilio Vaticano II, sea la Iglesia del Concilio Vaticano II (p. 52);

todavía hoy habrá que tener constancia y paciencia para llevar a la práctica la ingente tarea que el Concilio dejó abierta. Ya que, en palabras de nuestro autor:

Constantemente tocamos la sinfonía inacabada de la gloria de Dios y nunca pasamos del ensayo general. Pero no por ello es vano, no por ello carece de sentido todo esfuerzo, toda reforma, siempre inconclusa e inconcluyente.

[José J. ROMERO RODRÍGUEZ]

RIES, Julien (2013) *El Símbolo Sagrado*. Barcelona, Kairós, 305 páginas (traducción del francés de la edición de 2012, por Agustín López Tobajas y María Tabuyo).

Cuando se redacta este comentario (junio de 2013) hace solo cuatro meses que el cardenal Ries, ha fallecido. Tenía 92 años. Sacerdote, antropólogo e historiador de las religiones de nacionalidad belga, fue profesor de historia de las religiones en la Universidad Católica de Lovaina. El

Papa Benedicto XVI lo elevó a la dignidad cardenalicia. La prensa le dedicó elogios por su sabiduría y por el intento de diálogo interreligioso. El diario El País [http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/03/26/actualidad/1364258178_780644.html] titulaba su obituario: "Cardenal Julián Ries, el antropólogo que reivindicó a Teilhard de Chardin". Y continuaba: "Benedicto XVI le creó cardenal con 91 años, cuando solo era sacerdote de la ciudad de Namur". Una revista de Ciencias Sociales, como

esta, no puede pasar de largo sobre este volumen que ilumina aspectos que –por lo general– no son suficientemente resaltados en publicaciones especializadas.

El periodista Juan G. Bedoya, nada proclive a las alabanzas hacia la Iglesia, glosaba su larga tarea investigadora y divulgadora. Autor de una cuarentena de libros, entre los que destaca la monumental *Tratado de Antropología de lo sagrado* (Trotta, 1995). Y fue el fundador y presidente del Centre d’Histoire des Religions. Hombre de mente abierta, su prestigio como investigador le libró muchas veces de la garra inquisitorial. Así, tuvo problemas cuando alabó públicamente las investigaciones y la obra completa del jesuita francés Pierre Teilhard de Chardin, y al que Ries quería rehabilitar a fondo. El profesor Julien Ries creía que las teorías del pensador francés no solo no debían preocupar a la Iglesia romana, sino que habían de ser asumidas y defendidas. Lo dijo hace un año en una entrevista concedida al periódico italiano ‘*Corriere della Sera*’– leemos en la prensa–.

Preguntado sobre si Teilhard de Chardin “sigue siendo preocupante para la Iglesia”, contestó con una exclamación admirativa: “¡Al contrario, está volviendo! Las investigaciones actuales sobre la evolución demuestran la visión clara y previsora que tenía Teilhard. Se cometió un error al marginarlo”.

Que las ideas de Ries y, sobre todo, su independencia de criterio, tanto personal como científico, gozan ahora del respeto necesario da cuenta el hecho, realmente poco frecuente, de que el ya papa emérito Benedicto XVI lo crease Cardenal cuando ya había cumplido 91 años. Fue el 18 de febrero de 2012. Era en ese momento el sexto cardenal más anciano. Ries, un sencillo sacerdote de la diócesis de Namur, también

en Bélgica, fue ordenado inmediatamente obispo, para llegar a Roma con esa dignidad eclesiástica antes de ser distinguido como Príncipe de la Iglesia, que es como se considera a los cardenales.

Con Ries, la antropología cristiana adquirió respetabilidad como disciplina científica y también independencia, aunque la categoría de homo religiosus (introducida por el fallecido cardenal) hubiera desatado las críticas de algunos historiadores e incluso de ámbitos eclesiásticos. Hoy, en cambio, la Historia de las Religiones puede presentarse como una ciencia hermana,

dijo en su obituario la Universidad de Lovaina, en la que el fallecido fue muchos años profesor.

La obra del cardenal Ries, que se publica ahora en Bélgica en una edición completa, es un combate científico muy serio (considerado así incluso por sus contrarios) contra –o sobre– las corrientes antropológicas mayoritarias, materialistas, sobre todo a partir de Durkheim y de Lévi-Strauss, y más cerca del gran Mircéa Eliade. En palabras de *L’Osservatore Romano*, que le dedicó un largo obituario,

Ries confirmó así la tensión hacia lo divino que anima radicalmente a cada ser humano, impulsado a la búsqueda de trascendencia y a la creatividad artística.

Según la investigación del ‘homo religiosus’ de Ries, sobre todo en el libro que comentamos, *El Símbolo Sagrado* (cuyo título en la edición original en italiano es *Símbolo. Costantes de lo sagrado*, Milán, 2008) existe una raíz cultural común al género humano. Escribió:

Todas las culturas del mundo son creaciones cuyas raíces se encuentran en la imaginación simbólica. La creatividad del espíritu humano (artística, poética, literaria, arqui-

tectónica) se basa en esta función 'biológica' del símbolo. Esa raíz cultural común reúne a todos los seres humanos en la búsqueda de una trascendencia, de un Otro con quien construir una alianza.

El volumen que comentamos se estructura en cuatro partes: en la primera parte ("Simbolismo y prehistoria"), Ries presenta una amplia y erudita panorámica histórica sobre los rasgos de simbolismo que pueden inferirse de los datos que se han conservado en los yacimientos paleontológicos y arqueológicos. Sorprende el conocimiento del autor sobre los últimos datos de los científicos, paleontólogos, paleoantropólogos, prehistoriadores y arqueólogos que sintetizan todos los datos. Su metodología científica, heredada de los padres de la Antropología filosófica moderna, parte siempre de los datos empíricos de las antropologías positivas, tanto biológicas como culturales. A partir de estos datos, el filósofo, consciente de sus límites, presenta con honestidad sus reflexiones para intentar llegar al corazón de la condición humana.

La segunda parte ("El símbolo, fuente de creatividad") es un excelente tratado de antropología cultural en torno a las reflexiones filosóficas y científicas sobre el carácter simbólico de la humanidad y, en especial, sobre el papel que el simbolismo ha jugado en la construcción social de las culturas y religiones. Ries se siente obligado a justificar la necesidad de lo que él denomina *trabajar el símbolo* (pág. 95):

Por el hecho de ser un personaje misterioso, por eso tenemos que estudiar su objetividad, su universalidad, su condición científica. Puede ayudar al hombre desorientado en su cultura a ver más lejos, a comprender su verdadera orientación más allá de los determinismos socioculturales (pág. 95).

La tercera parte ("El simbolismo en las culturas y en las religiones") recorre con más hondura, siguiendo la estela de Mircea Eliade (1907–1986), los significados de los cultos celestes, los politeísmos y monoteísmos y, finalmente, la simbología de la cruz y las esvásticas. Y esta parte concluye:

Pero es a partir de un acontecimiento histórico, la muerte de Jesús de Nazaret, crucificado en el Gólgota, cuando la cruz recibirá su significado trascendente. Así, se asume toda la simbología antigua, pero se sitúa en una visión nueva de la historia englobada en la teología de la creación y de la redención. A los ojos del cristiano, la cruz reviste una dimensión cósmica, una dimensión bíblica y una dimensión soteriológica (pág. 219).

La cuarta parte ("Simbolismo y cristianismo") reflexiona sobre el simbolismo de la luz, de Jesús de Nazaret, del árbol y del peregrino. Cuatro símbolos que convergen hacia el sentido pleno de la vida. Marie Madelaine Davy ha abordado más de una vez este tema en sus escritos, y lo ha tratado de forma notable en *La Lumière dans le christianisme*. Al comienzo del capítulo titulado "Itinéraire de l'homme vers la lumière", escribe:

Es partiendo de la antropología como se puede descubrir el camino del hombre hacia la luz en sus diferentes etapas (pág. 223).

Desde esta perspectiva, Ries ahonda en esta parte la reflexión sobre el papel del simbolismo en la construcción social de la identidad cristiana.

El volumen concluye con un apartado: "Síntesis. El hombre y el símbolo" que podría considerarse el testamento intelectual de Julien Ries. Consideramos de gran interés el extenso prólogo del autor titulado "El símbolo y el lenguaje simbólico. Símbolo e

imaginario". Para los lectores no especialistas en esta materia, Ries define los términos adentrando al no iniciado en el complejo jardín del imaginario simbólico humano. Para el antropólogo G. Durand, –según cita el autor (página 10)– *el símbolo es el documento de identidad del Homo sapiens*. Será necesario acudir a las investigaciones de Gaston Bachelard, Carl G. Jung, G. Durand, Mircea Eliade, Paul Ricoeur y J. Vidal para precisar las funciones del símbolo. Las imágenes despiertan la conciencia del hombre e introducen en ella un elemento de unidad que promueve una dinámica. *El hombre se hace creador* (página 10). Pero el símbolo desempeña también la función de establecer una relación entre la conciencia y el subconsciente, *una zona de gran riqueza a la que la conciencia, sin el símbolo, no tendría acceso* (pág. 11).

Pero hay algo más. Siguiendo a J. Vidal, Ries añade que el símbolo proporciona a la conciencia el medio para establecer una alianza con las energías de la "supraconciencia", gracias a la apertura al arquetipo de lo divino.

Para el ser humano, eso significa el descubrimiento de la existencia de una trascendencia, un un Totalmente Otro con el que puede establecer una alianza. Estamos ante la experiencia de lo sagrado (pág. 11).

Todo esto lleva al autor a explorar campos interdisciplinarios de gran calado.

Ese es el secreto del crecimiento del hombre en el curso de la historia. Mediante el símbolo, el mundo le habla y le revela modalidades de lo real que no son evidentes por sí mismas. Esto nos lleva a explicar el lugar del lenguaje simbólico en la experiencia de lo sagrado (pág. 11).

El volumen se completa con muchas notas (situadas al final del libro) y que muestran el conocimiento del autor por las fuentes bibliográficas, las investigaciones y la actitud crítica y madura hacia el estado de la cuestión en antropología cultural y religiosa. Los traductores han realizado una tarea minuciosa, actualizando para el lector castellano la extensa bibliografía.

Un texto final (pág. 287) resume el intento de síntesis constructiva de Julien Ries:

De este modo, la contemplación de la bóveda celeste y de las zonas siderales hizo descubrir al homo symbolicus la trascendencia y la sacralidad. Al realizar estas primeras experiencias de lo sagrado, el homo symbolicus se convierte en homo religiosus.

[Leandro SEQUEIROS SAN ROMÁN]